

Algunas reflexiones sobre el pensamiento de Roberto Murillo Zamora

Roberto Castillo Rojas
UCR-Costa Rica

Roberto Murillo Zamora nació San José en 1939, es hijo único y sus padres habiendo descubierto su gran inteligencia se trasladan a Cartago, antigua capitania de Costa Rica, en procura de la mejor educación posible para su vástago que cuenta a la sazón 12 años. Si ciertamente el Colegio de San Luis Gonzaga era en ese momento, uno de los mejores colegios del país, fundado en 1842 y puesto a funcionar por los hermanos Valeriano Ferraz y luego regentado por los jesuitas, era en esos tiempos una institución académica de alto nivel académico. Ahí obtiene su bachillerato de segunda enseñanza en el año de 1956 y al año siguiente ingresa a la Universidad de Costa Rica y le corresponde el privilegio de ser partícipe de la gran Reforma Universitaria promovida por don Rodrigo Facio, la unificación académica de las Ciencias y Letras en una Facultad que tiene como corazón los Estudios Generales.

La Universidad contrata profesores de primera línea venidos de otras latitudes, principalmente de España y Francia: Constantino Láscaris, Roberto Samuels, Salvador Aguado, Alain Vieillard Baron. Con don Roberto Samuels establece una gran amistad y se convierte en su asistente en la Cátedra de fundamentos de Matemáticas. Realiza la carrera de filosofía y obtiene la Licenciatura en Filosofía con una tesis sobre “Comunicación y lenguaje en Bergson”. Doctor en Filosofía de la Universidad de Estrasburgo con mención de «trés honorable», tesis sobre la noción de causalidad en Bergson, tesis dirigida por Georges Gusdorf, y que alcanza la “homologación a una tesis de estado”, Gusdorf le comenta que dicha mención “no es ningún regalo”. A su regreso continúa su carrera como profesor catedrático en la Universidad de Costa Rica, imparte cursos sobre Bergson, Kant, Hegel, filosofía de la ciencia. Escribe más de cien artículos periodísticos sobre temas filosóficos, políticos, académicos, donde muestra una gran clarividencia sobre los problemas nacionales y la enseñanza de las ciencias. Obtiene dos veces el Premio Nacional de Ensayo, 1969 y 1975 y el gobierno francés le otorga el grado de Caballero de las Palmas Académicas. Escribe libros donde hace claro su visión humanística de mundo: “Antonio Machado, ensayo sobre su pensamiento filosófico” (1975), “Estancias del pensamiento” (1978), “La forma y la diferencia” (1987), “Segundas Estancias” (1990), “Tres ensayos sobre el Quijote” (1993), y resta por publicar cientos de páginas inéditas, conferencias, artículos, su novela inconclusa y propuestas de tipo político sobre el futuro del país.

Roberto Murillo fue ante todo un maestro que supo encantar a sus discípulos como el viejo Sócrates, pero a

diferencia del ateniense, Roberto siempre respetó el criterio del otro, al cual oponía su posición con el fin de llegar a una verdadera síntesis discursiva. Implacable eso sí con los “enemigos de la razón y la cultura” y los diletantes, “poco leídos”, y a quienes callaba con su sutil sátira e ironía. Poseía un inmenso amor por la vida, que es la única manera de aceptar la muerte, como una dimensión de la primera. Su muerte anunciada pocos meses antes, fue asumida con gran serenidad. La eternidad se resume en un instante; cuenta su esposa que ella desconsolada por la noticia nefasta de la muerte de su esposo, –un fulminante cáncer de hígado–, él se le acerca y señalando el pequeño jardín que aparece a través de una ventana y al menudo comemaíz (ave común en la Meseta Central) que se posaba en una rama de un arbusto, le dice “ven disfrutemos de este instante y no pensemos en el mañana”. Su vida, cierto que la vivió en la serenidad de la reflexión y estudio profundos, en la contemplación filosófica de la vida; pero a su vez su existencia fue una lucha quijotesca contra los venteros que pululan en nuestras tierras, muchas lanzas se le quebraron, le caracterizó esa locura necesaria para arremeter tanto contra los enemigos de la razón, –al decir de Jaspers–, como contra los enemigos del *eros*, que acompaña necesariamente al *logos*. La pasión sumerge al ser humano en la acción, se piensa y ya ese acto es acción, no hay verdadero pensar que no conduzca al corazón de la acción, al corazón del mundo, de lo contrario el pensar deja de serlo.

Cuando en 1971 asume Roberto la dirección del Departamento de Filosofía expresa su profunda fe en una filosofía sin ataduras, ni con la religión, ni la ciencia, ni la técnica, ni con la política. Decía:

(...) la filosofía ha respondido, en forma “franca y masiva” a lo que decía Anaxágoras de la vida: que es meditación, y la libertad que de ésta se deriva. Este carácter sustantivo de la filosofía, esta dignidad que la erige en núcleo de la cultura fundamental, en garantía de su unidad, hay que afirmarlo en nuestra Universidad. Si las especialidades universitarias deben estar referidas a un hondo humanismo de base, corresponde a la filosofía dar coherencia a este fundamento. (Murillo: 1971: 1/1)

El núcleo del humanismo es la filosofía, pues ella lleva de suyo a la libertad que se deriva de la meditación. No puede haber humanismo sin filosofía, pues esta es reflexión crítica de la vida y del mundo y el humanismo debe estar puesto constantemente, en revisión, para evitar las ataduras. Con intereses del momento, con servilismos políticos, económicos, pseudo-científicos, religiosos. La reflexión humanística debe ser libre de por sí, y no es otra cosa lo que intenta salvar el principio de autonomía universitaria.

Hay tres ejes fundamentales desde los cuales se desarrolla el pensamiento de Roberto Murillo: *el logos, el ente y el eros*. De alguna manera el ser para él, es la identidad de los tres. El nacimiento del logos es siempre una ruptura, la ruptura con el ente, oposición que se manifiesta entre la forma y la diferencia. La síntesis entre la forma y el ente funda la posibilidad del conocimiento del mundo, como síntesis de dos contrarios, entre la identidad y la diferencia. *El eros* es siempre la fuerza que mueve el ser, sin *eros* no hay conocer. Hay pues una diferencia entre el ser y el ente, tal como apuntaba Heidegger en “El ser y tiempo”, y el olvido de esta diferencia confunde el ser con el ente. Sin embargo, para Roberto Murillo esta diferencia es la que toda filosofía intenta desvanecer en un intento de alcanzar

la totalidad, y que está irremisiblemente condenada al fracaso. El *eros* es la fuerza, el élan vital que lleva al *logos* hacia el ser; es el *eros* platónico que lleva al filósofo hacia el saber, sin jamás poseerlo. Deseo jamás cumplido y que por tal razón, nunca desvanecido, se desea aquello que nunca será poseído, posesión es aniquilación del deseo, por eso *eros* es fuerza y condición necesaria del eterno caminar hacia un saber inacabado.

Cuando se le preguntaba al maestro Murillo Zamora sobre su filósofo preferido, no tenía reparo en responder sin titubear: Platón, claro segundos después tenía que reconocer que Kant también, y no podría ser de otra manera, pues Kant es el Platón de la época moderna; ya Derrida, con sus juegos deconstructivos había ido quitando el andamiaje propio de Kant y nos había mostrado la pureza del edificio platónico deslastrado de los elementos propios de la filosofía crítica, subyacente en el fondo esencial de su pensamiento. Kantiano hasta la médula, pero seducido por el filósofo del Espíritu Absoluto y por el Bergson del élan *vital*, por el *eros* de este último pensador. El imaginario poético complemento del filosófico, en el sentido aristotélico de que "...la poética es más filosófica que la historia", puesto que nos lleva al mundo de lo posible y nos arranca de la prisión de lo real, Roberto Murillo muestra su preferencia primera: Miguel de Cervantes Saavedra, Marcel Proust, y su bien amado Antonio Machado, sin dejar de lado: Homero, Sófocles, Unamuno, Valle Inclán. Su *Don Quijote*, leído de manera colectiva, a sus dieciséis años con el grupo de compañeros del San Luis Gonzaga, compañeros del *eros* poético y filosófico. En la casa de la familia cartaginesa,

en el comedor, el atril sostenía una edición de lujo de Don Quijote, día a día, capítulo por capítulo fue leída en voz alta, comentada, disfrutada.

Estos mismos amigos y compañeros lo invitaron a formar parte del “Círculo de Estudios Alejandro Aguilar Machado”, fundado en la ciudad de Cartago “...monótona, recelosa, y desconfiada...” (Murillo: 1990: 197) en 1956. Círculo que se convierte durante muchos años en una actividad académica fuera de los recintos universitarios. En uno de sus artículos periodísticos publicados luego por la Editorial Costa Rica bajo el título de “Estancias del pensamiento” (1978) señala nuestro autor los ideales de aquella juventud que cultivó la pasión del pensamiento:

En la ciudad de neblina y duermevela, de agua huidiza en viento de noviembre, de tedio y de recato, de vaga luz blanca en el atardecer, tuvimos fe, como los antiguos pitagóricos, en la razón musical, en monasterio laico, en nuestros dioses, en nuestra lucha a brazo partido por lo que creíamos el bien público, en la filosofía y en la educación. (Murillo: 1978: 80)

El Círculo de Estudios cierto, reunió estudiantes de secundaria, universitarios, profesores universitarios quienes se reunían todos los sábados de 7 a 9 pm. a discutir un tema cultural, presentado por uno de sus miembros. Se constituyó en un verdadero centro de formación humanística, de discusión libre y profunda, liderado por el maestro Murillo Zamora. El grupo de estudiantes y profesores provenían de formaciones disciplinares diversas: Historia, filosofía, matemática, física, medicina, educación, derecho, relaciones internacionales, arquitectura, etc. lo que permitió un diálogo multidisciplinario e interdisciplinario fecundo.

Este grupo fomentó el gusto por el paisaje circundante de Cartago, paisaje pagano en el decir de Constantino Láscaris, profesor de filosofía arribado de España, pagano porque fomenta un culto a la belleza de la naturaleza y sus dioses. Las discusiones y lecturas se trasladaron al campo, lecturas, discusiones, reflexiones se realizaron a la sombra de un sauce llorón y acompasado por el dulce sonido de una botella de vino que se descorcha.

Hoy quiero referirme muy someramente a la obra “La forma y la diferencia”, sobre todo porque ella refleja los polos en los cuales el profesor Murillo Zamora se debate toda su vida, que no son otros que los polos de la filosofía misma. La forma, el reino de lo discreto, de lo discontinuo, ese espacio de lo suprasensible platónico, o más bien, de la región de la *dianoia*, donde reina lo matemático geométrico, dominio de lo hipotético deductivo, puesto que ahí el mundo sensible es metáfora del inteligible, el cual nos proporciona la mirada indirecta del reino de las ideas puras o mundo del ser, que permanece como horizonte huidizo. La forma en Kant es el conjunto de condiciones *a priori* que posibilitan la experiencia misma y la posibilidad de la experiencia de las cosas. La diferencia, el mundo del ente, de lo múltiple, lo diverso, del caos, del abismo, del infinito abierto, de la generación y muerte de las cosas. Ya los griegos se debatían entre estos dos mundos; el *logos* es capaz de penetrar el aparente caos de lo sensible y alcanzar el mundo de las formas, de las ideas, de las leyes que constituyen y rigen el constante fluir en el tiempo de todas las cosas.

El *logos* hace retroceder al temible Caos que con su terrible bostezo puede tragarse todas las cosas. Heráclito

decía que la belleza armónica del mundo se manifiesta como desorden causal. El mundo de las apariencias está penetrado por las formas que lo convierten en lo racional, en lo que puede ser conocido, desde el logos humano. Las formas son aquí la condición de la posibilidad del conocimiento y de la existencia de las cosas mismas. El optimismo epistemológico griego es sustituido por una larga meditación sobre la posibilidad del conocimiento del mundo.

En la introducción a su ensayo sobre Antonio Machado nuestro autor escribe: “El escalofrío de la identidad dentro de la diferencia vive en mi recuerdo como una tormenta de nieve al inicio de la primavera soriana, desde un viento insólito por los cipreses del cementerio de Collioure, pensando con serenidad la aparente relación del *Ente* con el *Logos*, del *Logos* con el *Eros*. (Murillo: 1981:1). Como tormenta de nieve se cuele en su pensamiento lo absoluto, la identidad, lo continuo, la necesidad de la visión intelectual, de la visión divina, y por qué no de élan *vital* que aparece en el horizonte como ausencia eterna, tal como su cita de Antonio Machado lo dice:

“La ausencia y la distancia
Volví a soñar con túnicas de aurora” (Machado: 1963: 472)

El recorrido que lleva al ser humano desde el ente al logos y de este de nuevo hacia el ente pasando por el logos, tiene como símbolo el círculo. La figura cerrada, símbolo de lo ilimitado, de la perfección según los griegos, se transita sin tregua, sin poder salir. La ilusión de la salida, de la ruptura nos la da el eros, el eros como ausencia, como negación de lo otro que nos hace falta para alcanzar la plenitud.

La tormenta de nieve soriana semeja a la imagen del paraguas roto de Gilles Deleuze:

(...) los hombres incesantemente se fabrican un paraguas que les resguarda, en cuya parte inferior trazan un firmamento y escriben sus convenciones, sus opiniones; pero el poeta, el artista, practica un corte en el paraguas, rasga el propio firmamento, para dar entrada a un poco del caos libre y ventoso y para enmarcar en una luz repentina una visión que surge a través de la rasgadura, primavera de Wordsworth o manzana de Cézanne, silueta de Macbeth o Acab”(Deleuze et Guattari :1991: 190).

He aquí los polos en que se mueve el pensamiento de Roberto: relación del *Ente* con el *Logos* y del *Logos* con *Eros*: el círculo del pensar que nos lleva, en Platón, desde la ilusión, desde el engaño de los sentidos, hacia la *dianoia* mediante la formulación de las hipótesis, que nos acerca al *eidos* o las ideas puras. Sin embargo, sin poder contemplar el sol metáfora de las formas puras, a riesgo de engeguer. Las formas puras de lo real fuente de curiosidad infinita, están eternamente vedadas a la voluntad humana de saber. Kant, se esfuerza en describir la geografía del Logos, o las categorías a priori que permiten “construir” el ente como fenómeno, pero del cual se nos escapa su fundamento, la cosa en sí, lo inasible jamás. No es sino el *eros* como energía cósmica e introyectada que nos empuja continuamente alrededor del círculo con el fin de que este se rompa y deje pasar la tempestad del infinito, tal como el paraguas roto de Deleuze. El *eros* que lleva a Platón a definir la filosofía, como erótica que conduce al ser humano por el camino ascendente de lo sensible a lo suprasensible, como impulso de trascendencia que

define la acción humana, como camino de conocimiento y como camino de transfiguración personal, es también, el camino de los poetas, el camino de la metáfora. La locura de Don Alonso Quijano no es locura del entendimiento como la de Platón, es imaginativa, nos dice Roberto:

“Locos” de la imaginativa, el científico creador y el caballero-poeta, no se acomodan ni a la voluntad en bruto ni a la representación inmediata, sino que se elevan, mediante la voluntad de representación, a formas simbólicas, a primera vista quiméricas, desde las que intentan, sin lograrlo sino muy indirectamente, iluminar o transformar, y en todo caso transfigurar, la representación inmediata” (Murillo: 1994: 5)

Las dos locuras, la del entendimiento y la de la imaginación nos arrancan de lo sensible, de la pura inmanencia de las cosas hacia a lo simbólico, la primera locura nos transporta de la multiplicidad de la apariencia hacia su unidad lógica, y la segunda, de los molinos de viento hacia los gigantes. Pero ambas nos llevan hacia el ser o, si se quiere al absoluto hegeliano o, “al calmo reino de las leyes” y más allá, hacia ese reino de las ideas “puras”, en Platón o “regulativas” en Kant. Y en Hegel al Espíritu Absoluto.

La vida de Roberto Murillo, es la del sabio antiguo, para quien la sabiduría es una forma de ser, de existir. Maestro peripatético, largas andadas por los caminos polvorientos de la campiña de Cartago, largas reflexiones y conversaciones interminables, su existencia parece que se desarrolla al contrario de la narración de Lautréamont en *Los cantos de Moldoror*, La pluma de Isidore de Ducasse dibuja monstruos infernales, oscuros nacidos del caos y de lo más recóndito de un inconsciente freudiano; si

seguimos su canto primero y parte del segundo, de los torbellinos de imágenes de bestiarios repulsivos, son seguidos por uno de los más hermosos cantos a la matemática:

...aquel que te conoce (las matemáticas) y te aprecia no quiere más los bienes de la tierra; se satisface con sus goces mágicos; y llevado por sus alas sombrías, no desea más que elevarse, de un vuelo ligero, construyendo una hélice ascendiente, hacia la bóveda esférica de los cielos. La tierra le muestra, tan solo ilusiones y fantasmagorías morales; pero vosotras, ¡Oh matemáticas concisas!, por el encadenamiento riguroso de vuestras proposiciones tenaces y la constancia de vuestras leyes de hierro, hacéis brillar, ante los ojos deslumbrados, un reflejo poderoso de esta verdad suprema de la que observamos su impronta en el universo. (Lautrémont: 2006: 56,57)

Imagino al Roberto escolar sentado en esas tardes, ya eternas, en Taras de Cartago, con su regla y compás descubriendo los secretos de la geometría, sus figuras, definiciones y, en el fondo el sonido acompasado del telégrafo que su padre produce. Roberto vive desde un principio en ese mundo del cielo matemático, tranquilo meandro del devenir, que olvida el devenir mismo. La tormenta soriana de nieve repentina le llega a través de sus amados poetas, Antonio Machado y sobre todo por don Miguel de Cervantes de Saavedra, la fórmula primera del ente que se transforma en logos le acompaña toda su vida, es su deseo profundo de convertirse en un *flaneur* en el sentido de Benjamin, por las calles, callejuelas y geografías del entendimiento kantiano. Frente al entendimiento, que contiene las formas puras a priori del conocimiento, está la razón, que contiene las formas puras inalcanzables.

Este territorio en la descripción kantiana, es una isla, “isla de la verdad”, “rodeada de un mar ancho y borrascoso”, “verdadera patria de la ilusión”, que como el canto de las sirenas en la Odisea, atrae y aniquila, del cual, al igual que Odiseo, tan solo nos salva la astucia y la previsión; previsión que en Kant es la del hombre prudente que prefiere permanecer en la isla del entendimiento, que dejarse llevar por la ilusión y el espíritu aventurero que nos puede hacer perecer en las aguas procelosas de la metafísica.

Roberto Murillo padecía una suerte de vértigo, el abismo, el vacío le producía el terror frente a lo infinito, frente a la “grandeza” a la que se refiere Kant que sobrepasa al ser humano y fuente del sentimiento de lo sublime. Este vértigo se manifiesta en su pensamiento. Ese mar infinito de las formas puras aparece como la tentación de todo filósofo, la tentación de abarcar el todo, la tentación totalizante en que caen Spinoza, Fichte, Hegel. Hay siempre la tentación no solo de echar una mirada furtiva en ese “mar proceloso”, sino también de levar anclas y dejarse llevar por la aventura, sin brújula, ni caminos celestes. La filosofía de Murillo conlleva la prudencia crítica kantiana, empero asediada por el deseo constante de la aventura, y el deseo dicho a veces de dejarse arrebatar por el canto de las sirenas. Se teme el abismo puesto que este repele con la misma fuerza que atrae. Según nuestro pensador el esquematismo kantiano contiene el germen de la solución del abismo entre el *logos* y el ser, como si él contuviera el secreto, no solo de la conversión de la imagen perceptiva en pensamiento, sino que también el secreto de la trascendencia del ser humano hacia el conocimiento, sino también al infinito.

La imaginación trascendental, la imaginación que produce la síntesis entre los datos de la sensibilidad y las categorías *a priori*, es aquello que posibilita el conocimiento. Pero esta imaginación no soluciona el abismo kantiano entre el sujeto epistémico y el mundo; puesto que mundo se define desde la región del entendimiento, región, isla segura en medio del caos. Los antiguos griegos representaron muy bien esta dualidad en el templo de Delfos, dedicado a Apolo, dios que preside la parte frontal occidental de dicho templo, Apolo dios de la razón, de la luz, representa la armonía precisa del mundo; sin embargo, en la parte frontal opuesta oriental, está Dionisio, el dios del caos, de la embriaguez, de la infracción a todas las reglas. El caos amenaza constantemente la armonía del mundo que construimos con nuestra razón.

La vida del maestro Murillo y su libro “La forma y la diferencia” se mueven siempre entre los términos de la dialéctica de la forma y la diferencia, entre las aporías de la continuidad y lo discreto, entre el espacio y el tiempo. En su libro, extraordinaria aventura del pensamiento, nos muestra cómo se plantea el problema a través de la historia; desde los pitagóricos, Zenón de Elea, Platón, Descartes, Kant, Debekind, Cantor, para llegar a concluir que es un problema irresoluble, a menos que lo remitamos a sus dimensiones existenciales, donde eros, nos mostrará la desgarradura del ser y cómo la voluntad de representación literaria nos alivia de la ruptura ontológica. En la erótica existencial los límites parecen romperse, desde este “infinito abierto” que es el hombre, hacia la tentación del “infinito actual” o, la substancia en Spinoza o, ese absoluto en Fichte, del cual Hegel decía

que es una noche donde todos los gatos son pardos. El ser del hombre, lugar donde se da esa comprensión de término medio del ser (Heidegger), es el lugar de la desgarradura ontológica, que tan solo el amor puede intentar aliviarla, sin resolverla jamás. A través del comentario del Cancionero Apócrifo de Abel Martín el otro yo de Antonio Machado, Murillo Zamora establece las bases negativas de tal erótica. El amor es "... la esencial heterogeneidad de la sustancia."(Citado en Murillo: 1981: 70). La erótica es posesión y ausencia, nostalgia y presencia. "La amada –continúa Abel Martín– no acude a la cita; es en la cita ausencia... "La amada no acompaña; es aquello que no se tiene y vanamente se espera" (Citado por Murillo:1981: 71). Concluimos entonces, que la metafísica como saber del ser es ausencia, es desgarradura que, por un lado, el saber crítico, la nombra a sabiendas que su nombre no es más que un *flatus vocis*, y por otro el arte nos sume en la ilusión de su presencia. Termina su ensayo "La forma y la diferencia" reconociendo que "...la verdad no es más que la complementariedad de sus metáforas." (Murillo: 1987: 290).

Roberto Murillo quiso a pesar de su prudencia llevar la metáfora a la existencia, luchar contra el realismo del tendero, contra los enemigos del libre pensar, contra la mediocridad imperante, quiso salvar a su Cartago de las garras de su monotonía y mojigatería. Los gigantes, obra de un maligno encantador, lo llevaron a luchas juveniles por convertir al Colegio de San Luis Gonzaga en lo que fuera por mucho tiempo, en una verdadera academia. Como al hidalgo caballero de la Mancha, muchos consideraron sus luchas descabelladas, fuera de lugar. Luchaba

por el respeto al pensamiento, y a la inteligencia pura de la juventud. Nos decía en uno de sus artículos periodísticos, publicado en noviembre de 1976: “La burocratización de la enseñanza, el pedagogismo irrestricto, que ha hecho olvidar los contenidos para sustentar un vertiginoso ensayismo metodológico, convierten al maestro en un individuo desconcertado y desconcertante.”(Murillo: 1978: 114) Se refería a la educación como un sistema –y empleo su símil- de destrucción de la flora consciente y subconsciente de nuestros estudiantes. Cuarenta años después la situación no ha cambiado. La educación es conductista, los contenidos desaparecen en unos absurdos recuentos memorísticos de datos que pierden su conexión con el universo del sentido y de la realidad. La reflexión crítica se desvanece.

Nuestro pensador distingue entre “desimaginación” e “imaginación”, la primera es propia del pensamiento científico, es esa imaginación que lleva al científico a desimaginar las cosas como átomos y a los átomos como partículas. O, imaginar el universo como un reloj sellado, que no se puede abrir, ni ver, por ende, su interior; al científico le corresponde tan solo, aventurar hipótesis sobre su funcionamiento íntimo. La desimaginación nos lleva al desarrollo de la ciencia como hipotético-deductiva, tal como lo plantea Popper. Sin embargo, cabe preguntarse ¿qué es lo que la diferencia de la imaginación poética? Es el *Eros*, ese *Eros* presente en la erótica platónica, pero que nos lleva, tal como dice Nietzsche, al mundo suprasensible, al mundo de ultra tumba, que niega la vida. Sin embargo, la locura, como lo vimos en la cita anterior, en ambos casos, la del científico y la del literato van hacia el mundo simbólico, hacia la negación de lo real. Tal como

dice Mikel Dufrenne, a través de la imaginación el ser humano ve lo posible que rodea el objeto y lo que le permite remontar la inmediatez del objeto mismo. El objeto epistémico en Kant se da sobre el fondo de la experiencia posible –formas puras de la intuición sensible– y categorías del entendimiento. El sujeto recoge los datos de la sensibilidad y los convierte en fenómenos; en este sentido, si hay erótica epistémica es la que se transforma en asombro, que tal como Descartes la denominaba es la primera de todas las pasiones, toda vez que es la esperanza de un nuevo conocimiento. Sin embargo, la imaginación poética pasa por la erótica que me descubre al otro.

En su ensayo sobre Machado, Murillo nos conduce sobre las cuatro formas del conocer, de la cual me interesa aquella que conduce al escepticismo. Parte del planteamiento de la antinomia de la realidad y de la apariencia, que constituye más un conflicto de creencia que una antinomia de la razón pura; expresada esta por Roberto como sigue: “El mundo como ilusión y el mundo como realidad son igualmente indemostrables.” (Murillo: 1981: 33) Antinomia solo superable por la poética. El mundo de la ciencia está construido de metáforas, la imaginación poética nos lleva a lo posible, a la des realización de lo real, tal como lo propone Sartre. Pero esta imaginación científica nos deja en el lado apolíneo del templo délfico de lo real, nos deja a Dionisio desdibujado y olvidado en su lado oriental del templo. Por ello es necesario que el poeta traiga al mundo la síntesis de las dos dimensiones de lo real (lo formal y lo diverso). La des imaginación y la imaginación son complementarias según Roberto: “Una, científica es objetiva pero parcial; otra, artística, es englobante pero subjetiva” (Murillo: 1987: 274).

Los poetas que ven lo universal en lo singular, más que los metafísicos puros, son los que restablecen el equilibrio entre el estadio teológico y el positivo, comprendidos de otra manera que los viera Auguste Comte; solo ellos sirven al *daimon* al renovar el vínculo entre lo inmanente y lo trascendente. (Murillo: 1987: 280)

Esta posición del autor coincide con la de Hegel, cuando define a la obra de arte como “la manifestación sensible de la idea”. Las vanguardias históricas intentan trastocar esta definición, por cuanto muchas de sus manifestaciones son tan solo una aventura de la percepción, un goce de la sensibilidad sin idea. La obra de arte considerada kantianamente como aquello que place universalmente sin concepto, se trastoca, puesto que el arte nos sume en la metáfora para señalar desde la contradicción y la diferencia lo infinito. Así se resuelve el círculo en que se mueve el ser humano, entre el ente y el logos y entre el logos y el eros. El poeta se mueve y recorre todos los caminos que lo conducen de la vanidad a la plenitud, del nihilismo al ontologismo. Caminos que expresan esa desgarradura ontológica: “El hombre no puede aspirar a algo mejor que a expresar finalmente, en la forma de su vida y de su obra, el destino que lo lleva del ser a la nada y de la nada al ser, asumiendo la antinomia de la belleza...”(Murillo: 1987: 290).

Quiero terminar esta breve reflexión sobre Roberto Murillo Zamora y su pensamiento a ese espacio del recuerdo, del hombre que provocó una desgarradura ontológica en aquellos que lo conocieron y fueron sus discípulos. La erótica existencial, quijotesca que lo caracterizó, implicaba una visión nueva, llena de pasión, que no solo intentaba llevarla a cabo en el pensamiento, sino en

la acción. De ahí el famoso lema del Círculo Alejandro Aguilar Machado: “Pensamiento y acción”. No hay distinción entre los dos, todo verdadero pensar es acción, solía afirmar a sus discípulos el maestro Murillo.

La erótica, también comprende el amor por el paisaje de Cartago y especialmente el de Coris, sitio de peregrinación imperdible, “... donde –y tomo prestada una metáfora de Roberto– las doradas abejas vuelven a construir la casa del ser, donde concilian quietud y tensión, donde convergen los caminos imprevistos del pensamiento y del erotismo,” (Murillo: 1978: 79). El paisaje, el entorno constituye un elemento fundamental en el desarrollo del pensamiento de Roberto Murillo, pues en ese paisaje hecho a la medida del ser humano se produce la elemental, originaria relación entre el ser y el logos. El encuentro de una geografía que acoge al logos y que se deja domesticar en el eros.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Deleuze, G. et Guattari, F. (1991). *Qu'est-ce que la Philosophie*. Paris. Les éditions de Minuit.
- Lautrémont (2006). *Los cantos de Maldoror*. Santa Clara, Cuba, Sed de Belleza. Extraído 12/06/2016 http://www.libroyliteratura.cenit.cult.cu/descargas/2006_Maldoror.pdf
- Murillo, R. (1971) Carta del director del Departamento de filosofía, 1° de setiembre de 1971. Extraído 20 de agosto 2015. [http://www.circulodecartago.org/en-el-xx-aniversario-de-la-muerte-de-roberto-murillo-zamora-algunos-recuerdos-en-sus-propias-palabras/Murillo, Roberto \(1987\). La forma y la diferencia. San José, Costa Rica. Editorial Universidad de Costa Rica.](http://www.circulodecartago.org/en-el-xx-aniversario-de-la-muerte-de-roberto-murillo-zamora-algunos-recuerdos-en-sus-propias-palabras/Murillo,Roberto(1987).Laformayla diferencia.SanJosé,CostaRica.EditorialUniversidaddeCostaRica.)
- Murillo, Roberto (1993). *Tres ensayos sobre el Quijote*, Cartago, Costa Rica. Editorial Cultural Cartaginesa.
- Murillo, R. (1990). *Segundas estancias*. Cartago Costa Rica, Editorial Cultural Cartaginesa.

